



jar la Tracia, donde Luis se había pronunciado altamente en su favor, y volver á Roma por Sicilia. Federico, cuyo furor contra el partido de Alejandro se manifestaba á cada paso, tenía tanto afán por hacer reconocer á su antipapa, que quiso obligar á los obispos y á los abades, reunidos en Wurtzburgo, á que proclamáran al nuevo antipapa Pascual III; mas no alcanzó sino á aumentar el número de los parciales de Alejandro, que aprovechándose del odio siempre creciente de los lombardos, celebró con ellos un tratado de alianza contra las pretensiones de Federico á la monarquía universal. Salió el emperador á la cabeza de un ejército con ánimo de sujetar las ciudades de la Lombardia, y al llegar á Roma quiso obligar á Alejandro y Pascual á que renunciásen ambos á la silla de los Apóstoles. Alejandro, cuya resistencia fué incesante, anatematizó al emperador y escapó á Benevento; mas Pascual permaneció en Roma y coronó al emperador y á Beatriz su esposa. Estalla en esto en el ejército de Federico una enfermedad contagiosa, que le obliga á retirarse á la alta Italia. Ataca á los milaneses, pero en vano. Pierde su ejército, y al fin no tiene otro recurso que el de huir hácia Alemania. Deseosos entonces los lombardos de tener un baluarte contra el emperador, construyen la fortaleza de Alejandria. Federico, por su parte, con el afán de compensar su vergonzosa retirada, vuelve por quinta vez á Italia, pone sitio á Alejandria, que se ve obligado á levantar, y perdiendo la batalla de Legnano en 1177, tiene que reconocer en fin al papa Alejandro III en un tratado de paz celebrado en Venecia. El soplo de la gracia toca el corazón de Federico en la iglesia de San Márcos. Dominado por una emoción profunda, reconoce el poder de Dios en el agosto pontífice que combatió por tanto tiempo, echa de sus hombros el manto imperial, y se precipita á los piés del papa. Alejandro le levanta y le da el ósculo de paz, el sacrificio se consuma, y Federico consiente al fin en tener el estribo al papa y guiar su caballo. Promete no guardar para su provecho la herencia de Matilde sino por espacio de quince años, concluir un tratado de paz con el rey Guillermo y otorgar una tregua de seis á las ciu-

dades de Lombardia. Una diputación de la Ciudad Eterna invita luego á Alejandro á que de nuevo establezca su silla en Roma. Los senadores reunidos en Agnani le prestan juramento de fidelidad y juran restituírle todos los derechos reales pertenecientes á la Iglesia romana. Alejandro entonces, á fin de prevenir para lo futuro la reproducción de los desórdenes promovidos por los antipapas, convoca el concilio tercero de Letran, ó sea el concilio ecuménico undécimo, celebrado en 1170, que decreta que: «En adelante sólo será reconocido papa el que haya sido elegido por las dos terceras partes de cardenales; todos los demas que se abroguen este título, serán excomulgados.» Anatematiza al mismo tiempo el concilio la herejía de los valdenses y albigenses, y promulga muchos cánones para restaurar la disciplina eclesiástica. Había llegado el clero de Inglaterra á hacerse bastante independiente del Estado bajo los antecesores de Enrique II. Tratando éste de volver á examinar los hechos consumados, pensó poderse servir con este objeto del antiguo canciller de Estado Tomas Becket, á la sazón obispo de Cantorbery; pero revestido Tomas de un carácter sagrado, había llegado enteramente á ser un hombre nuevo, había renunciado á su vida de otro tiempo, había adquirido entre el pueblo la reputación de santo, y luchaba con celo y desinterés por los derechos de la Iglesia. Violentado, sin embargo, por el rey, consintió Tomas en la asamblea de Clarendon del 1164, en entregar á Enrique la administración de los negocios de la Iglesia y el derecho de distribuir las dignidades eclesiásticas. Tuvo pronto por ello vivos remordimientos de conciencia, y en medio de sus angustias, suplicó al papa Alejandro que le dispensara de sus compromisos para con el rey Enrique. Obligado desde entonces á la fuga, encontró una acogida favorable en la corte de Luis VII, rey de Francia, un apoyo afectuoso en el papa Alejandro é imitadores de su conducta en la mayor parte de los obispos de Inglaterra. Vióse Enrique II obligado á su vez á ceder á las reclamaciones de Becket y á permitir su regreso, que fué un verdadero triunfo. Creyó el arzobispo deber usar de severidad con los prela-



que habían tomado el partido del príncipe, y volvió á encender el odio mal apagado del rey, que dejó escapar en un momento de cólera algunas palabras imprudentes de que se apoderaron cuatro caballeros, creyéndose autorizados para degollar al piadoso obispo al pié del altar en 29 de Diciembre de 1170. El rey de Inglaterra, á quien se imputó el crimen, fué excomulgado al mismo tiempo que declarado santo el arzobispo. No le fué levantado el anatema sino despues de haber hecho penitencia pública sobre la tumba de Santo Tomas, y dado sinceras pruebas de su arrepentimiento. Desde esta época, es decir, desde el año de 1174, residieron constantemente en Inglaterra legados del papa. Por este tiempo también erigió Alejandro el Portugal en reino, y dió la investidura de él al duque Alfonso.

Difícil parecía ser la época que se abría para el pontificado á la muerte de Alejandro. Federico I se había visto obligado á prolongar la paz de Verdun hasta la dieta de Constancia de 1183, la cual tomó por base de resoluciones el concordato de Worms; y despues de haber anulado las odiosas decisiones de Roncaille, puso al par de los grandes vasallos de la corona las ciudades de Lombardia, reconocidas ya como repúblicas. Federico, deseoso siempre de aumentar el poder de su raza, casó á su hijo Enrique VI con Constancia, única heredera de las Dos Sicilias, y dejándose llevar del odio hereditario de los Hohenstaufen, ejerció en Alemania crueles venganzas contra los güelfos. Por desgracia, los sucesores de Alejandro no tuvieron bastante energía para oponerse á esas violencias, y ni Lucio, ni el milanés Urbano III pudieron sofocar la influencia imperial en las elecciones de los obispos, ni impedir al emperador que usase de los bienes de Matilde como si le fuesen propios. Se había ya encendido de nuevo la lucha cuando subió á la silla de los Apóstoles el pacífico Gregorio VIII, y resonó en Europa la deplorable noticia de haber sido tomada Jerusalem por Saladino el día 3 de Octubre del 1187. Habíanse ya manifestado la desunión y la desconfianza en la Tierra Santa durante el gobierno de Balduino, hermano y sucesor de Godofredo de Bouillon,

cuya autoridad no se extendía ya siquiera á las fronteras de la Palestina y de la Siria, primeras conquistas de los ejércitos cristianos. Los principados de Antioquia, de Trípoli, de Tiberiada y de Edesa apenas conservaban ya con Jerusalem más que algunas relaciones sumamente débiles. Por otra parte, los esfuerzos de los latinos contra el enemigo común estaban paralizados por las terribles divisiones de las sectas cristianas que habían encontrado en Asia los cruzados. Todo contribuía á animar en sus empresas á los mahometanos y á hacer caer en su poder aquella Ciudad Santa, cuya caída no pudieron retardar ni el valor de los caballeros de San Juan, ni el heroísmo de los templarios. Cuando se supo, sin embargo, en Occidente la toma de la Ciudad Santa, el entusiasmo que había impelido las naciones europeas al Oriente recobró su poder primitivo, é hizo renacer en todas partes el deseo de la concordia. El papa y el emperador fueron los primeros en dar el ejemplo. Respondieron todos los pueblos al llamamiento de Gregorio, y los que no pudieron alistarse en la nueva cruzada pagaron el diezmo de Saladino. El mismo Federico, cargado de años, pero rejuvenecido por un piadoso entusiasmo, se puso á la cabeza de un formidable ejército, atravesó el imperio griego, y murió desgraciadamente en el Cydno (1190), mientras la mayor parte de sus tropas, dirigidas por su hijo Federico, duque de Suabia, pereció en el sitio de San Juan de Acre. Ricardo Corazón de Leon, rey de Inglaterra, y el de Francia Felipe Augusto, habían pasado á Palestina durante el verano de 1190; mas estalló luego la discordia entre ellos, y no alcanzaron con todas sus fuerzas sino á recobrar San Juan. Despues de haber vuelto á Europa Felipe Augusto, pensó también Ricardo en dejar á su vez la Palestina; pero concluyó antes con Saladino un armisticio de tres años. Pasó Ricardo á su regreso junto á Viena, y fué pérfidamente cautivado por su enemigo Leopoldo, duque de Austria, que le entregó al emperador Enrique VI. No alcanzó la libertad sino mediante un fuerte rescate y despues de haber levantado el papa su poderosa voz en favor del magnánimo cruzado. Dirigiase Enri-



que VI á Italia, para despues de la muerte de Guillermo II tomar posesion de su herencia de las Dos Sicilias, cuando en el camino recibió la noticia de la muerte de su padre. Temerosa la Sicilia de la dominacion extranjera, eligió á Tancredo, conde de Lecca, hijo natural de Roger el Anciano y hermano del rey Guillermo I, que habia muerto hacia mucho tiempo. El papa Clemente III no tardó en darle la investidura; pero murió Tancredo poco tiempo despues, y quedaron sujetas las Dos Sicilias al poder de Enrique.

Era este emperador egoista y cruel; hallábase en toda la fuerza de la edad y en el colmo del poder, y todo amenazaba con un reinado borrascoso al dulce y octogenario papa Celestino. Daban lugar á temerlo, la venta ignominiosa que hizo del obispado de Lieja, el injusto cautiverio de Ricardo, y la prohibicion hecha al clero y al pueblo de Italia de apelar á Roma, cuando sucesos independientes de todo cálculo humano cambiaron de repente la faz de los negocios. Apénas habia Enrique asegurado en Alemania la sucesion de su hijo Federico, de edad de tres años, aún no bautizado, cuando en medio de los preparativos de una cruzada murió súbitamente en Messina el año 1197, precisamente en la época en que uno de los más grandes pontífices subia á la silla de San Pedro.

Inocencio, de la ilustre familia de los Conti, habia cultivado sus preciosas facultades, estudiando el derecho en París, en Roma y en Bolonia. Habia entrado apénas en la edad viril, cuando, á pesar de su repugnancia, fué llamado al trono pontificio. Ocupóse ántes que todo en fortificar los Estados de la Iglesia, en librar la Italia de la dominacion extranjera, en separar las Dos Sicilias de la Alemania, condicion necesaria para la independenciam de la Santa Sede, en recobrar la influencia que pertenece al jefe de la Iglesia, cuya autoridad se comunica á los príncipes temporales, como la luz del sol á la luna, segun las palabras del mismo Inocencio. «El pontificado, decia él en una carta á Othon, es más que la soberanía de los reyes. Estos no tienen poder sino en la tierra y sobre el cuerpo; aquél tiene poder en la tierra y sobre las almas. Los príncipes no rei-

nan sino sobre naciones particulares y provincias aisladas. Pedro las domina todas por la plenitud de su poder, porque es representante de Aquel á quien pertenece el universo.»

Inocencio conocia, sin embargo, todo el valor de la union entre la Iglesia y el Estado. «¡Union! decia él, ¡union! esta es la que prepara la fe, triunfa de la herejía, funda la virtud, extirpa el vicio, salva la justicia, preserva de la iniquidad, produce la paz, calma las persecuciones, doma la barbarie pagana, hace crecer con la prosperidad del imperio la libertad de la Iglesia, asegura con la tranquilidad de los cuerpos la salud de las almas, con los derechos del clero los del Estado.» El objeto principal de los esfuerzos de ese digno sucesor de San Pedro, era además la libertad de la Iglesia de Oriente, la restauracion de la disciplina eclesiástica y la destruccion de las herejías. Al principio de su pontificado dió ya la investidura al prefecto imperial de Roma, le hizo prestar el juramento de fidelidad, instituyó un senado, tomó bajo su proteccion la alianza lombarda, y concluyó una con las ciudades de la Toscana, resueltas á defender contra el emperador su libertad y la Iglesia romana. Inocencio recobró los bienes usurpados por Enrique VI, y nombrado tutor de Federico II por el testamento de su madre, que murió en 27 de Noviembre de 1198, justificó la confianza de la emperatriz, haciendo dar á Federico una educacion brillante y liberal, y administrando con la más profunda sabiduria el reino de Sicilia. Pero Federico II no era más que un niño, y la Alemania necesitaba al frente de su gobierno un hombre de gran capacidad y energía. Importábales poco al papa y á los grandes del imperio ver reunidas tantas coronas en una sola cabeza; se procedió á una eleccion, en que combatieron de nuevo gúelfos y gibelinos. Eligieron éstos á Othon IV, hijo de Enrique el Leon, y aquéllos á Felipe de Suabia. Declaróse Inocencio en un principio en favor del primero: pero viendo luego que tenia más partidarios el segundo, entró en negociaciones con él cuando ya estaba amenazando su cabeza el asesino Othon de Witelsbach. Fué altamente reprobado este crimen por el papa y toda la Alemania;



mas esto no impidió que quedase dueño del imperio. Othon se obligó á casarse con Beatriz, hija de Felipe, y en 1209 fué coronado en Roma, despues de haber prometido la libertad de las elecciones eclesiásticas y las apelaciones, y haber dejado aseguradas todas las posesiones de la Iglesia romana. Coronado apénas, hizo valer el nuevo emperador toda suerte de pretendidos derechos sobre Italia, sin que le detuviese siquiera la amenaza de excomunion que el papa se vió obligado á lanzar contra él en 1211.

Los príncipes reunidos en Nuremberg declararon destronado á Othon. Declaróse entonces Inocencio en favor del primer electo, Federico II, bajo la condicion de que éste renunciara la Sicilia luego que estuviese en posesion de la corona imperial. Proclamó Federico en la Dieta de Eger á Inocencio su defensor y su bienhechor, hizo voto de cruzarse, y fué coronado en Aquisgran el año de 1215. Othon IV habia ya perdido con la proteccion de la Iglesia todos sus partidarios, y se encontró reducido á su ducado de Brunswick.

Casi todos los estados de Europa estaban entonces como la Alemania sujetos á la influencia de Inocencio. En Francia obligó á Felipe Augusto á que volviera á admitir á su esposa Ingelberga, castigando á su reino con un entredicho que no permitia más que el bautismo de los recién nacidos y la absolucion de los moribundos. En España obligó á Alfonso IX, rey de Leon, á que rompiera su matrimonio con su sobrina; á Pedro de Aragon á que fuera á Roma á recibir la corona, bajo la condicion de que pagaria un tributo anual al papa; á Sancho I, rey de Portugal, que tardaba en pagar el impuesto prometido por su padre Alfonso al papa Lucio II y habia maltratado al obispo de Porto, á declarar que ponía su reino bajo la proteccion de la Santa Sede. En Polonia, apoyándose en la ley de sucesion del duque Boleslao III, protege á Leszek el Sabio contra Ladislao Laskonogi; restaura el clero degenerado asociándose á los esfuerzos del rígido arzobispo de Gnesen, Enrique, á quien nombra legado suyo á causa de los desafueros de Ladislao, que obliga al arzobispo á huir á Roma. En

Hungría reconcilia como árbitro á los dos hijos del rey, Andres y Emmerico. En Dalmacia logra que Vulcano se sujete á sus órdenes; de Bulgaria y Valaquia corona á los dos reyes. En Noruega, donde se disputan el trono Felipe y su adversario Inga, es llamado á decidir entre los dos rivales, y suspende el fallo hasta haber recibido los informes del arzobispo de Drontheim. En Inglaterra anula la doble eleccion que se habia hecho para la silla arzobispal de Cantorbery; rechaza á los dos pretendientes, y conforme á los estatutos eclesiásticos de la época, hacer elegir por los canónigos ingleses que habian ido á Roma al sabio Estéban Langhion, natural de la Gran Bretaña, á quien consagra y sostiene contra la oposicion de Juan sin Tierra, excomulgando á este príncipe, dispensando á sus vasallos de cumplir el juramento de fidelidad, poniendo el reino en entredicho, y acabando por deponer al mismo rey Juan, que no recobra ya sus derechos sino declarándose feudatario de la santa sede. Esa lucha entre el papa y el rey hizo sentir á los barones ingleses, espantados de las arbitrariedades de Juan, la necesidad de una constitucion que garantizase sus derechos. Aprovecháronse de la posicion crítica del príncipe, y unidos con Langton, le obligaron en 15 de Julio de 1215 á firmar la gran carta de sus libertades (*magna charta libertatum*), fundamento de la constitucion actual de Inglaterra. Le obligaron además á poner de nuevo en vigor todas las libertades de la Iglesia, á saber: la libertad de las elecciones, la ejecucion de la jurisdiccion temporal, y el derecho absoluto de apelacion á Roma en los negocios puramente eclesiásticos. Inocencio, con todo, declaró nula la carta, por haber sido obtenida violando el juramento feudal, y contra los derechos de los señores jurisdiccionales reclamó la obediencia al rey, prometió el perdon de las faltas cometidas y excomulgó á los rebeldes.

Hasta Constantinopla tuvo que sentir los efectos de la autoridad de Inocencio, aunque fué en detrimento de su constante deseo de libertar la Tierra Santa. La cruzada que la poderosa palabra de Fulco de Neuilly habia promovido en Francia, abortó en cuanto á su ver-



dadero objeto por la conducta indigna de Enrique Dandolo, dux de Venecia. Este astuto anciano, ciego del cuerpo, pero de una rara perspicacia de espíritu, se aprovechó de los apuros en que se encontraban los cruzados por deber pagar el transporte y el equipo de una armada para hacerles emprender, á pesar de las amenazas del papa, la conquista de la ciudad de Zara en Dalmacia, rebelada desde mucho tiempo contra Venecia. Dejaronse tambien coger las cruzadas por el fugitivo Alexis en intrigas palaciegas, se apoderaron de Constantinopla en 2 de Abril de 1204, y fundaron un imperio latino, cuyo primer emperador fué Balduino, conde de Flándes. Se escribió entonces al papa en estos términos: «Hemos entregado la cuarta parte del país á los venecianos y distribuido lo restante. Procuraremos defender estas bellas comarcas y las daremos en feudo á nobles caballeros que quieran unirse con nosotros. Vióse en otros tiempos glorificada Constantinopla por sus numerosos concilios y las visitas de los antecesores de vuestra Santidad; haced que sea ahora lo mismo. Se lo suplicamos á vuestra Santidad para mayor gloria del Salvador y la imperecedera honra de la Santa Sede; convóquese aquí un concilio, que con sus santas é inviolables decisiones una para siempre jamás la antigua y la nueva Roma.» Inocencio era demasiado justo para responder como se pretendia á semejante llamamiento. Amenazó con el anatema á los cruzados, porque en lugar de combatir á los infieles, habian destronado á emperadores cristianos, y sólo despues de algun tiempo les absolvió de esa grave falta, en vista de las circunstancias críticas en que se encontraban, y con la esperanza de que la Iglesia reportaria de ello algunas ventajas.

Tales eran la actividad y la influencia de Inocencio, siempre dispuesto á dulcificar la suerte de los oprimidos, presente en todas partes, ya por sí mismo, ya por medio de sus legados. En medio de tan diversos negocios, no olvidó jamás su objeto principal; convocó en 1215 el concilio cuarto de Letran, que es el duodécimo concilio ecuménico, el más brillante de todos los concilios hasta el siglo XVI cele-

brados. Reuniéronse en él setenta y un arzobispos, cuatrocientos trece obispos, ochocientos abades, los legados de los patriarcas de Alejandria y Antioquia, el patriarca de Constantinopla, el de Jerusalem, muchos reyes y representantes de los príncipes de Europa. El principal objeto de este concilio fué decidir una nueva cruzada. Á la noticia de la que emprendian los niños, Inocencio habia exclamado entre gemidos: «Esos niños nos avergüenzan; mientras nosotros dormimos, parten ellos valerosos para la conquista de la Tierra Santa.» Á fin de que la nueva cruzada pudiera realizarse, se ordenó y se prometió solemnemente que por espacio de cuatro años se observaria la paz de Dios entre todos los príncipes y pueblos cristianos, y se añadió que los obispos quedaban encargados de reconciliar á todos los contendientes. Procuróse tambien en este concilio fortificar y asegurar la pureza de la fe por medio de la exposicion de la doctrina de la Eucaristía, combatida poco ántes por Berenger; exposicion en que encontramos por la primera vez la palabra *transubstantiatio*, y por medio de la reprobacion de los peligrosos errores en que habia incurrido el abad Joaquín Amaury y los albigenses. Se terminó la lucha de los pretendientes del imperio en favor de Federico, y se dieron al fin setenta cánones concernientes á la vida y la disciplina eclesiástica, que desgraciadamente no fueron observados ni siempre ni en todas partes.

Aunque Inocencio, cargado de negocios, se quejaba muchas veces de no tener tiempo para pensar en las cosas del cielo, no olvidaba la parte espiritual de su mision: ya en latin, ya en lengua vulgar, predicaba cuanto podia al clero y al pueblo. Sus discursos recuerdan principalmente los de San Leon el Grande, están llenos de ricas imágenes, de alegorías, de alusiones místicas y de antítesis tan ingeniosas como inesperadas. Su lenguaje es tan grave, como serio y profundo su sentido. Reunia indudablemente Inocencio las tres cualidades que su ilustre antecesor Alejandro III exigia de un verdadero papa: amor á la predicacion, capacidad para gobernar la Iglesia é inteligencia para dirigir las almas. Rebosaba, por otra parte, de



benevolencia para con los pobres y los huérfanos, de generosidad para con los cruzados y de desinterés para con los pueblos, que tantas veces reconcilió en nombre del Señor. Murió en 16 de Julio de 1216, durante el viaje que emprendió para reconciliar entre sí Génova y Pisa. Si como Gregorio VI y Alejandro III, á quienes aventajó de mucho en la ciencia práctica de los negocios y en el conocimiento del derecho y la teología, hubiese sabido Inocencio hacerse más cargo de las circunstancias críticas que le rodearon, se le podría tener sin vacilar por el más ilustre sucesor de San Pedro. No hubo otro que como él supiese elevar el trono pontificio á tan alto grado de autoridad é influencia. Hé aquí cómo el célebre é imparcial Hurter, el último de sus biógrafos, nos le da á conocer, y nos manifiesta la idea que ese gran papa tenia del pontificado y de su importante mision sobre la tierra.

«Á sus ojos, dice, el pontificado era el único medio de impedir el abuso de la fuerza y la violacion de las leyes divinas y humanas; era un poder más alto y más santo que todo tribunal político y civil; un poder que, ya instruye con dulzura y advierte con benevolencia, ya se levanta poderoso y amenazador contra los grandes de la tierra, é impide que el fuerte oprima al débil y el hijo libre pase á ser esclavo; ya obliga á los príncipes á que permitan que las viudas y los huérfanos interpongan sus quejas ante tribunales eclesiásticos; ya se dirige á los reyes como un padre á sus hijos, y les hace volver al sentimiento de su deber y de su propia dignidad, empleando súplicas, advertencias, amenazas y sabios y prudentes consejos; ya, sobre todo, se honra de ser el protector de los oprimidos, vigila las costumbres de los ricos é impide que en medio de su orgullo se hagan superiores á todo género de leyes; ya se esfuerza en proteger á los desgraciados contra la avaricia de los grandes, y á los pueblos contra la arbitrariedad y el despotismo; ya civiliza las naciones y consuela á los individuos asegurándoles la salvacion eterna; ya autoriza, en fin, á los que lo ejercen á declarar que no tienen más que un peso y una medida, y no han de obrar mejor con un hermano natural que con todos los cristianos.»

Federico no realizó ni las esperanzas de Inocencio, su maestro, ni las solemnes palabras con que proclamó, lleno de reconocimiento, que debia á la santa sede todo lo que poseia. Apénas fué emperador, pensó, como sus antecesores, en fundar la omnipotencia y el absolutismo del imperio sobre los despojos de los derechos eclesiásticos y de las libertades municipales. No pudo por de pronto dar libre vuelo á su deseo, porque al pasar en 1200 á Roma para recibir en ella la corona, encontró cerradas las puertas de Milan, y para obtener lo que pretendia se vió obligado á jurar que aboliria todas las leyes contrarias á las libertades de la Iglesia; que entregaria á su hijo Enrique el reino de Sicilia, no como un feudo imperial, sino como un feudo pontificio; que restituiria la herencia de Matilde, y que renovaria, por fin, el voto de levantar una cruzada. El dulce y pacífico Honorio, satisfecho con esas promesas, no recordó lo que Inocencio habia rechazado siempre como el mayor peligro para la Iglesia romana, á saber: que Federico habia ya hecho elegir á su hijo Federico rey de Alemania, en Abril de 1220, mucho ántes de estar investido de la posesion del reino de Sicilia. Pasó Federico á este reino inmediatamente despues de coronado, depuso allí obispos, eligió otros, é hizo renacer así la lucha entre el emperador y el papa. Sábese en esto que Saladino se ha apoderado de Damietta, y acusa Honorio de esa pérdida á Federico, que ha aplazado para más tarde la cruzada prometida. Excúsase éste, y promete partir dentro de dos años para la Tierra Santa, donde debia traerle por su parte su segundo matrimonio con Violante, hija de Juan, rey de Jerusalem; mas el papa muere en 18 de Marzo de 1227 ántes que espire ese segundo plazo. Su sucesor Gregorio IX, anciano lleno de vivacidad, cuya piedad, ciencia y elocuencia habia alabado el mismo emperador, apremia, sin embargo, á Federico para que cumpla su voto, y éste se embarca al fin en Brindis el dia 15 de Agosto de 1227. Mas no hubieron pasado tres dias, cuando fingiendo estar enfermo se hizo Federico desembarcar, cosa que irritó tanto á Gregorio, que en Agnani lanzó contra él el anatema en 29 de Setiembre